

UN BOSQUEJO DE LOS DISCÍPULOS: LICENCIO Y TRIGECIO (APROXIMACIÓN A SU ESTUDIO CARACTEROLÓGICO)

MARCELO FRANCO PELAYO

Sabemos que estos dos adolescentes se encontraban con Agustín en Casiciaco no sólo por sus intervenciones constantes en los tres diálogos, sino también por otro testimonio del propio autor al año siguiente –el 387–, cuando estaba en Roma y hacía los preparativos para regresar a Tagaste, la cuna de sus raíces. Esto es lo que le comenta a Evodio, el interlocutor en esta ocasión: “Nostri illi adolescentes –en clara referencia a estos dos jóvenes– qui tunc mecum erant studiorum suorum gratia...” “De quantitate animae, BAC, t. III, cap. 31, 62, p. 636). Este texto sirve de presentación y a la vez explica el motivo –por razón de sus estudios– es por lo que estaban allí con él.

– De todos los miembros de la variada colonia africana: familiares (la madre, el hijo, el hermano, los primos) amigos y conocidos, etc., afincados en aquel apacible rincón, al amparo del Maestro de Retórica de Milán, a quien Verecundo, el dueño de la “villa”, el amigo que tuvo para con él y los suyos “el gran rasgo de generosidad para que viviesen allí todo el tiempo que quisieran” (Confes., IX, 3, 5, p. 663), le encarga el cuidado de la hacienda y de sus moradores, entre los cuales se encontraban los dos discípulos, de cuya formación se había hecho cargo. Ambos intervienen en la tres obras compuestas allí: el *Contra Academicos*, el *De beata vita* y el *De ordine*, en el otoño del 386. De esta temporada (otoño y primavera del año siguiente, en que regresa a Milán para recibir el bautismo) conservará toda su vida un recuerdo imborrable de aquellos días –“dierum illorum feriatorum”– tranquilos, de descanso (Ibíd., IX, 4, 12, p. 671). Fue, sin duda, este medio año aproximadamente el más sosegado y feliz que vivió el espíritu siempre inquieto del maestro que acababa de renunciar a la cátedra milanesa, que tantos trabajos había empleado para conseguirla,

como medio seguro para alcanzar fama y dinero. Ahora, fatigado por el excesivo trabajo y los achaques, la abandona y lo único que le preocupa es el modo de comunicárselo a los padres de sus alumnos, “que por a sus hijos no querían verme nunca libre” (Ibíd., IX, 2, 4, p. 663).

– Señalamos que los otros componentes del grupo no solían intervenir en los debates escolares. Los invitó, de manera excepcional, en el *De beata vita*, con motivo de su cumpleaños: “Idibus novembris mihi natalis dies erat” –el 13 de noviembre era el día de mi natalicio, el aniversario de mi nacimiento– (Cap. I, 6, p. 594); mientras que Trigecio y Licencio están presentes siempre. Y cuando falta alguno, como en el caso de Licencio, va anotando su larga ausencia (*De ordine*, II, 3, 10, p. 703; sigue sin aparecer en II, 4, 11, p. 705; le retiene una “prolija ocupación” II, 5, 17, p. 711, en que, por fin, “podemos escuchar las palabras de Licencio”).

– El hecho de que intervengan en todos los coloquios y en algunos casi de forma exclusiva, como en el libro I *Contra Academicos* y en el I *De ordine*, pues nos aclara que Alipio y Navigio se habían marchado a la ciudad, se supone que Milán, hace que nos resulte muy complicado querer extraer sus explicaciones. Lo que sí está claro es lo que defiende cada uno en la primera obra respecto a la tesis de los epígonos de Platón: Trigecio sostiene que el hombre puede llegar al conocimiento de la verdad; mientras que Licencio, apoyándose –dice– en la autoridad de los antiguos y, en particular, la de Cicerón afirma que es feliz el investigador de la verdad y que al sabio sólo le queda la búsqueda diligentísima de la verdad (“diligentissimam inquisitionem veritatis”). (*C. Acad.*, I, 3, 7, p. 84). Reproducen la misma posición que adoptarán Agustín y Alipio en el libro II.

– Una pregunta que creemos interesante es ésta: ¿Qué edad tendrían los dos adolescentes por aquel entonces? A la que intentaremos responder siguiendo algunos indicios:

1. El autor le escribe a Romaniano, en la dedicatoria de la obra, que tuvo en cuenta la edad de los chicos –“pro aetate”–, con la intención de probar sus capacidades (“quid possent”) antes de enfrentarles en la tarea que pensaba encomendarles; es decir, convertirlos en los interlocutores-protagonistas de las discusiones académicas. Descubre con alivio que la lectura del *Hortensio* los había conquistado para la filosofía. Conviene poner el énfasis en estos dos extremos: la edad y la capacidad. Y más adelante les recordará, metidos ya en pleno debate, que se hallaban todavía en la época de la formación y educación: “Cum adhuc nutriendi educandique sitis” (I, 3, 8, p. 86).

2. Destaca la forma de tratarles: Siempre que se refiere o dirige a ellos, los llama *adolescentes*. A Licencio en estos textos: *De ordine* I, 6, 15, p. 664 y 665; y *De beata vita*, c. 2, 15, p. 608; y a Trigecio en *Contra Academicos*, I, 1, 4, p. 78. También le comenta a Alipio que quiso que se escribiese lo que tantas veces habían tratado entre ellos; y le explica el motivo: para que esos *adolescentes* aprendan a concentrarse en esta clase de problemas y también a argumentar a favor y en contra (= "Ut isti *adolescentes*, et in haec attendere (fijarse) discerent, et aggredi ac subire (atacar y defender) tentarent (ensayasen) (C. Acad., II, 9, 22, p. 142). Es decir, una doble razón: reflexionar y aprender a debatir. No deja de llamar la atención que en un par de ocasiones emplee el diminutivo "*adolescentuli*" (C. Acad., II, 7, 19, p. 133 y II, 11, 25, p. 147, de la misma obra). Por otra parte, es el mismo término que usa en el prólogo – dedicatoria del libro II de *Contra los académicos*, donde le recuerda que, cuando el mismo Agustín era un muchachito pobre – "*adolescentulum pauperem*" – recibió de él la ayuda generosa y desinteresada (II, 2, 3, p. 115). Estaba entonces estudiando en Cartago.

3. Hay en el mismo contexto otro dato que nos aproxima algo más a conocer la edad de los muchachos. Se trata del siguiente: En las *Confesiones* señala: "*Cum agerem annum aetatis undevicesimum*" –en que había cumplido los 17 años y se hallaba recorriendo el año 18– (III, 4, 7, p. 400). Es un simple dato comparativo, pero nos hace sospechar que los dos discípulos rondarían esa misma edad.
 [Anotamos de pasada que la etapa de la adolescencia, según los antiguos, comprendía un amplio período de la vida desde los 14 hasta los 28 años, criterio seguido por el autor (cfr. Confes., nota 26, p. 363; De civ. Dei, nota 30, p. 1244; y los lugares y obras aquí citados) e inclusive algunos la alargaban hasta los 30 años].

4. Hemos anotado este otro apunte que pensamos es más clarificador. Cuando presenta a los interlocutores de la obra, afirma que a Trigecio se lo había llevado la *milicia* durante algún tiempo, no dice cuánto, pero que ya estaba de nuevo allí. Posiblemente formaba parte de los "jóvenes" (más jóvenes), capaces de llevar las armas, se integraban en el ejército activo, y cuyas edades oscilaban entre los 17 y los 45 años. Si había estado enrolado, aunque fuese poco tiempo, se deduce que necesariamente había cumplido los 17, que era la edad límite para inscribirse, lo que nos lleva a la conclusión, sin excesivo margen de error, para afirmar que tendría alrededor de los

18 años por lo menos; o tal alguno más. Edad en la que situaríamos también a su condiscípulo Licencio.

5. Una última referencia es la recomendación que les hace de la lectura del Hortensio para motivarles en vísperas del primer debate. Esta obra había causado en el entonces estudiante de Cartago una profunda impresión cuando lo leyó, siguiendo el orden usado en la enseñanza (Confes., III, 4, 7, p. 401). Ahora se lo propone a sus discípulos, basándose en su propia experiencia, recurso éste de la experiencia personal que usa siempre que viene al caso. Ya conocemos que entonces había cumplido los 17 años. Es otro indicio más que confirmaría lo que venimos afirmando sobre la edad de ambos jóvenes.

Ahora bien, aunque los llame cariñosamente “adolescentuli” o les diga en un momento determinado, cuando los reprendió con toda crudeza, que se habían comportado como unos chiquillos –“more puerorum”– (De ord., I, 10, 29, p. 281), lo cierto es que ya eran bastante mayorcitos.

GUSTOS Y AFICIONES

En ambos estudiantes son bien dispares, algo completamente normal, si tenemos en cuenta la diversidad de caracteres que presentan, como veremos más adelante. El primero en señalar el contraste es el propio maestro: Mientras que Trigecio, como veterano que había servido en la milicia, era apasionado de la historia (De ord., I, 2, 5, p. 653) y de las bellas artes (C. Acad., I, 1, 4, p. 79); de Licencio lo repite de forma reiterada que se entregaba con gran entusiasmo, casi obsesivo, a la poesía (De ord., ib.), lo que le ocasionará, más de una regañina. Desde luego, este alumno constituye el centro de sus preocupaciones y desvelos, pues se nota que está pendiente de él todo momento. ¿Era esta la forma que tenía de pagar al padre del muchacho aquella generosidad cuando él estaba pasando apuros económicos en Cartago? Posiblemente, sí.

Antes de continuar el análisis caracterológico, juzgamos oportuno presentar la semblanza, próxima a la caricatura, que del chico ha realizado L. Bertrand: “Este Licentius –dice– se nos presenta como el prototipo de niño mimado y del hijo de familia petulante, vanidoso, presuntuoso, con mucha familiaridad, sin privarse, cuando se le presenta la ocasión, de meterse con el profesor. Además, era un atolondrado, sujeto a bruscos apasionamientos, superficial y un poco lioso. Aparte de esto, era el mejor hijo del mundo: mala cabeza, pero gran corazón. Era un pagano declarado y

creo que lo continuó siendo toda su vida, a pesar de las exhortaciones de Agustín y de las del dulce Paulino de Nola, que le amonestaba en prosa y en verso. Muy comilón y gran bebedor, hacía penitencia en la mesa más bien frugal de Santa Mónica” (San Agustín, Madrid, Ed. Rialp, 1961, pp. 244-245). En la epístola 39 que le dirige el antiguo maestro le encarece que aprenda del santo siervo de Dios Paulino que sometió su cerviz al suave yugo de Cristo y que ahora vive tranquilo y sosegado (el texto está tomado de la nota 11, del libro I de La Ciudad de Dios, p. 130). Si echamos una mirada al retrato dibujado por L. Bertrand, cabe señalar algunos rasgos de su carácter, con los que estamos de acuerdo, como el que se refiere a la comida que en Casiciaco era más bien escasa, ya que al menos en una ocasión afirma que en la comida coincidieron el principio y el fin (C. Acad., III, 4, 7, p. 165). Hemos de decir que no hemos visto ningún lugar en que aparezca “meterse con el profesor”, o algo por el estilo. En cuanto que “era muy comilón y gran bebedor”, dadas las condiciones de la villa, tampoco tenía posibilidad alguna de demostrar esta faceta. Sin embargo, en un momento dado, el propio Licencio asegura que se come con más voracidad cuando nuestro ánimo se halla más lleno de cuidados, apreciación que se aplica a sí mismo y a su padre, que cuantas más preocupaciones tenían mayor era el apetito que se les despertaba, como queriendo apaciguarlas de ese modo (C. Acad., II, 4, 10, p. 125). Entonces el maestro aprovecha la ocasión que se le brinda para recomendarle que se centre más en la cuestión escolar y no tanto en la comida, con un “de hac re cogitans parum prandeas” = comas poco. Había sido el discípulo quien sacara la conversación sobre la comida y se encuentra, a renglón seguido, con el consejo oportuno.

CONTRASTE DE CARACTERES

Se les puede situar en los dos polos opuestos de la tipología diseñada por C. G. Jung, que señala la *extroversión-introversión* como patrones-marco de la personalidad. En estos dos tipos se pueden integrar a grupos de individuos y prever algunos de sus comportamientos. Seguimos este proceso: miramos primero el comportamiento de los dos discípulos y posteriormente los encuadramos en el tipo correspondiente. El primer nivel es el *tipo*; y el segundo, el *rasgo*. Éste es una marca o carácter distintivo de un individuo que sirve: 1º) para clasificar; 2º) señalar la estructura disposicional; y 3º) como fuerza o principio interior orientado a ciertos fines y que facilita una clase de respuestas. El conjunto de rasgos es el que imprime un estilo general en el comportamiento de un sujeto (Pinillos, o. c., p.603).

Hecha la oportuna clarificación, presentamos en cada tipo aquellos rasgos que destacan más y nos permiten distinguir a los dos personajes:

Tipo Extrovertido	Tipo Introvertido
Afable	Frío
Flexible, adaptable	Rígido
Impulsivo	Premeditado
Vanidoso	Humilde
Expansivo	Retraído
Impositivo	Condescendiente
Veleidoso	Leal
Impaciente	Tranquilo

A continuación plasmamos las *tendencias* o inclinaciones que marcan una dirección determinada y que distinguen a los dos tipos:

Tipo Extrovertido	Tipo Introvertido
A ser habladores	A ser poco comunicativos
No se inquietan ni preocupan	Inclinados a preocuparse. Se autoanalizan
Les cuesta turbarse	Se turban con facilidad
Diversiones de tipo exterior	Diversiones de tipo interior.
Realistas y objetivos	Idealistas y subjetivos
Sociables, cordiales	Distantes, reservados
Tendencia a defenderse	A someterse
Tendencia a persuadir	A dejarse influir
A ponerse en evidencia	A no hacerse notar
A trabajar en equipo	Prefieren trabajar solos

Si repasamos las observaciones hechas por el maestro sobre el comportamiento y las reacciones de los dos adolescentes a lo largo y ancho de las tres obras, llegamos fácilmente a la conclusión de que Licencio quedaría encuadrado en el *tipo extrovertido*, con los rasgos y tendencias que aparecen en las dos tablas; y a Trigecio lo situaríamos preferentemente en el *tipo*

introvertido. Insistimos en afirmar que se trata de una impresión general, donde es posible encontrar alguna excepción a la regla: así, por ejemplo, el primero no siempre se muestra irreflexivo, como cuando Agustín dice que se quedó pensativo durante algún tiempo (*defixus in cogitatione*) (C. Acad. II, 12, 27, p. 148). Y en otro lugar: o bien porque no lo entendía o simulaba no entenderlo, guardó silencio (De ord., II, 7, 23, p. 721). O cuando le pide que se lo repita más claro –lo dijo para tomarse tiempo (Ibíd. II, 1, 3, p. 691). Trigecio es el hombre “feliz” (C. A., II, 7, 18, p. 137), en boca de su compañero, si bien no se lo dice como una alabanza, sino como reproche, porque se conforma sin hacer nada para buscar la verdad. Este joven se muestra tranquilo ante los acontecimientos, aceptándolos como se presentan. Es la respuesta que da después de la dura reprimenda que les había dirigido: “Quede aquí el castigo de nuestra falta” (De ord., I, 10, 30, p. 683); mientras que Licencio seguía porfiando: “Pero qué hemos hecho?” (Ibíd.). Ante el mismo suceso la respuesta es bien dispar, lo que es indicio de la diversidad de caracteres; y explica por qué los hemos situado en su tipo respectivo. La serenidad interior de uno contrasta vivamente con la explosividad del otro. Sería prolijo citar uno por uno los rasgos y las tendencias que hemos reflejado en las tablas anteriores, aunque sí vamos a fijarnos en una tendencia muy destacada del hijo de Romaniano, que es superior a sus fuerzas y a la que ya nos hemos referido, que es la de ponerse en evidencia, en llamar siempre la atención, el hacerse notar, querer llevar la voz cantante: cualquier pretexto es bueno para colocarse en el centro, el punto de mira; o, al menos, lo intenta por todos los medios. Por el contrario, la inclinación predominante de su condiscípulo es la de pasar desapercibido, la de no destacar ni hacerse notar.

MARCELO FRANCO PELAYO